

con quienes hablaba; pues aun asi mui frecuentemente me han entretenido largos y agradables ratos.

Recibimos, como he manifestado, muchas pruebas de cariño personal; mas nada tienen que ver las disposiciones particulares de uno ú otro individuo con ese afecto nacional de odio en mi sentir invencible á los Ingleses, que vive en el fondo del corazon de todo verdadero Americano, y que se muestra de mil maneras aun en medio del trato mas amistoso; si bien suele ser por lo comun de un modo mas cómico que ofensivo.

Algunas veces era asi: «Pues bien yo creo que vuestro gobierno se debia ahorcar por la última guerra con que nos vino á incomodar. Eso ha sido vuestra ruina, porque justamente es lo que nos ha hecho.»

En seguida: «Vaya, ahora ya empiezo á entender mejor que antes vuestro chapurrado; pero no es maravilla que no pudiese comprenderlo mui bien al principio que llegasteis de Londres, porque todo el mundo sabe que la algarabía de Londres es horrorosamente incompreensible. Es extravagante que toda la gente que vive en Londres haya de poner *h* donde no la hai, y que nunca la ponga donde deben.»

Yo tuve el egoismo ó la presuncion de pre-

guntar á la señora que dijo esto, si notaba en mí ese defecto.

«No, no lo noto,» fué su respuesta; pero añadió con una sonrisa de complacencia, «mas es bien fácil ver el trabajo que os cuesta: yo *espero* que habeis visto como nosotros los Americanos nos burlamos de todos vosotros, y asi trabajais por tomar nuestra pronunciacion.»

Una señora me preguntó con mucha gravedad si habiamos dejado nuestra casa por huir de los insectos de que los Ingleses de todas clases están plagados. «Yo he oido decir á personas de una autoridad indisputable, añadió, que es absolutamente imposible el pasar por las calles sin que se le llene á una la cabeza.»

Yo me reí, pero no respondí una palabra. Ella se puso mui encarnada y dijo: «Nada hai mas fácil que reir, pero ríase ó no, la verdad es la verdad.»

Debo advertir por via de prefacio de la siguiente anécdota que en América se da el nombre general *bug* (chinche) á casi toda la tribu de los insectos; solo el malhadado insecto, conocido con este nombre entre nosotros, es el que no se incluye en la significacion de esa palabra (*).

(*) Para comprender lo gracioso de este equívoco es menester saber que los Ingleses llaman *chints* ó *chinzas* unas indianas de algodón semejantes á nuestras zarzas.

Una señora se dirigió á mí preguntándome de buenas á primeras : « ¿ No os causan horror las *chinzas*, *Mistress Trollope* ? »

— No, á la verdad, respondí yo; antes me parecen mui bonitas.

— ¡ Tómate esa ! Para que no se os conozca que sois Inglesa. Apuesto que llamais eso patriotismo. Gracias á Dios que nosotros Americanos tenemos cosas mejores por que amar nuestro pais, sin tener necesidad de decir que nos gustan las sucias y asquerosas *chinzas*, para probar que somos buenos patriotas.

— ¡ *Chinzas ! ¡ chinzas !* pero ¿ qué son las *chinzas* ?

— ¡ Es posible ! Vaya ¿ si querreis hacerme creer que no sabeis lo que son *chinzas* ? Toma, esos pequeños, repugnantes, apestosos y crueles animalejos que chupan la sangre.

— ¿ Los mosquitos ?

— Oh no; los que llenan vuestras camas en Londres. »

Después he sabido que han tomado la palabra *chinzas* del español; pero entonces yo entendí que me hablaba de una tela para cortinas.

Entre otros ejemplos de esa especie de modestia tan frecuente en el Norte de América y tan desconocida en nuestros países, he observado á menudo uno, que, mientras manifestaba

la escrupulosa delicadeza de las damas, daba ocasion á los caballeros para prodigar sus chistes y agudezas. Ví en diferentes ocasiones repetirse lo mismo á lo menos una docena de veces; por ejemplo : estaba ocupada una señorita en hacer una camisa (que seria señal de una depravacion completa el atreverse á nombrar), se presentaba un caballero, y daba principio á su ingeniosa conversacion diciendo :

— « ¿ Qué estais haciendo, *Miss Clarisa* ? »

— Un vestidito para la muñeca de mi hermana.

— ¡ Un vestidito ! no es posible. Vamos, *Miss Clarisa*; ¿ qué es ?

— Un delantal para una de nuestras negras, *Mr. Smith*.

— ¿ Me creis bobo, *Miss Clarisa* ? ¿ pues qué no veo yo juntos los dos lados ? Vaya, mejor será que me digais lo qué es.

— ¡ Qué molino ! ¡ Toma ! una funda de almohada, *Mr. Smith*.

— ¡ No tan calvos, *Miss Clarisa* ! Entonces seria una funda para la cabeza de un gigante. A ver si yo lo acierto.....

— Con tiento, *Mr. Smith*, cuenta con no tomarse esas libertades, ó me enfadaré de veras. »

Antes de que llegue á tal punto la conversa-

cion, él y ella no cesan un momento de reirse á carcajadas. Una vez ví á una señorita que, hallándose acosadísima por un gracioso, y queriendo probarle que en efecto era un saco lo que cosia, juntó los extremos de la camisa y los embastó delante de él. «Y ahora, exclamó triunfante al mostrarle su obra, ¿qué teneis que decir?»

Una de mis amigas me sorprendió un dia diciéndome con un tono afectuoso ó mas bien de lástima: «¡Cómo! ¿Tendreis valor de volver á Inglaterra, para educar á vuestros hijos en un pais, donde sabeis que no se os tiene en mucho mas que el fango de las calles?»

Habiéndole suplicado que se esplicara, continuó: — Bien sabeis que yo no quisiera haceros la mas leve ofensa; mas el hecho es que los Americanos sabemos mucho mas de lo que pensais: y á la verdad si yo estuviera en Inglaterra, con nadie me asociaria sino con *milores*. Yo no digo ciertamente que no iria á veros; pero convendreis en que no sois de la clase elevada, y por lo tanto sé mui bien como os tratan allá en vuestro pais.

Yo mui rara vez contradecia aserciones de esa especie, pues era menos desagradable é infinitamente mas divertido el dejarlas correr: porque á la verdad, si no lo hubiera hecho asi, hubiera sido siempre de mui poco provecho;

que en las muchas conversaciones que tuve en América respecto de mi pais, no me acuerdo de una sola, en que no supiera yo de él menos que las personas con quienes hablaba.

En cuanto á la gloria nacional me parece que saqué algo mas que mi parte del varapalo, pues siendo muger, no habia dificultad alguna en hablar delante de mí. Una dama, que era de las mas ardientes patriotas, me manifestó todo su miramiento en una ocasion, en que tratándose de Nueva-Orleans, dijo para cortar la conversacion: «Yo quisiera que no se hablase de Nueva-Orleans, y volviéndose á mí añadió con mucha dulzura: debe ser doloroso para vuestro corazon el oir mentar esa ciudad.»

La superioridad inmensa de la marina americana sobre la inglesa era un tema constante, cuyas pruebas escuchaba yo siempre con el mayor silencio posible. Oí decir repetidas veces (tan repetidas y en tan diferentes ocasiones que estoi por creer que ha de haber algo de verdad en esto), que los marineros americanos hacen fuego con la certeza de matar, mientras que los tiros de los nuestros atinan por casualidad. «Tal es, decia un oficial de marina de alta reputacion, el bendito resultado de vuestras leyes sobre la caza; vuestros marineros nunca tiran al blanco; nuestros gatos de entrepuentes se

adiestran en la caza y parten despues un cabello con una bala.» Pero el escarnio favorito, constante, universal, con que me encontraba en todas partes, era el de nuestro apego rancio á cosas añejas y desusadas. Si ellos tuvieran un atisbo de sal entre todos, estoi segura de que me hubiesen puesto por apodo: *Mi abuela, la de la Gran Bretaña*, porque ese tono toman, y asi se reconcilian con la cruda novedad de todas las cosas que los rodean.

« Me asombro de que no esteis ya estomagados de reyes, cancilleres, arzobispos y toda vuestra caterva de pelucones y sotanas, me dijo una vez cierto caballero, tenido por mui hábil, con un bostezo afectado; yo protesto que el nombre solo me da gana de dormir. »

Divierte el contemplar cuán suave les es la idea de su superioridad, pues ellos se creen mas modernos y mas adelantados que la Inglaterra. Nuestra literatura clásica, nuestras dignidades regias, nuestras nobles instituciones, son para ellos reliquias, antiguallas de los siglos bárbaros.

Este consuelo y la vasta estension de su desnudo territorio forman el bálsamo halagüeño, que alivia el alma como un antídoto contra las pequeñas dudas que se suelen levantar de cuando en cuando sobre si su dilatado pais será

ó no de tanta importancia, como cierto lugarejo miserable y desmoronado que ellos conocen.

Estando yo en una reunion de señoras entre las cuales habia una ó dos jovencitas, en quienes mandaba mas la curiosidad que el patriotismo, y habiéndome hecho varias preguntas respecto de la extension y hermosura de Londres, procuraba satisfacerlas, describiéndoles aquella capital lo mejor que me era posible; pero fuimos interrumpidas por otra señora que exclamó: « Quereis callar con vuestro Londres, muchachas; si deseais saber lo que es una hermosa ciudad, ahí está Filadelfia: cuando Mistress Trollope la haya visto, me parece que convendrá en que es mejor hablar de un pueblo bonito que no de esa coleccion destartalada de calles sucias, puercas y asquerosas que llaman Londres. »

Una vez en el Ohio y otra en el distrito de Columbia me presentaron un Atlas para convencermé con la evidencia de mis propios ojos de la pequeñez despreciable de mi pais natal.

No olvidaré en mi vida la gravedad con que en el segundo caso sacó un caballero su caja de instrumentos graduados, y me demostró fuera de toda contradiccion, que el total de los dominios británicos no igualaba en extension al menos importante de sus estados; ni tampoco

dejaré de acordarme del aire, con que despues de su demostracion, y colocando sus pies sobre la leja de la chimenea, considerablemente mas alta que su cabeza, se puso á silbar *Yankee Doodle*.

Sus gloriosas instituciones y su sin igual libertad no podian por supuesto quedarse sin elogio.

Costóme algun trabajo sin embargo comprender lo que llaman ellos sus gloriosas instituciones, y aseguro, sin la mas leve intencion de aparentar una falsa ignorancia, que jamas he sabido la significacion de esa frase que tiene todo Americano en la boca, cuando habla de su pais. Pregunté al cabo si por sus instituciones entendian sus hospitales y sus penitenciarías. « ¡Oh no! asi llamamos las gloriosas instituciones coetáneas de la revolucion. ¡ Es por ventura, dije yo, vuestra institucion del matrimonio, convertida de rito religioso en contrato puramente civil, que en vez de celebrarse por el ministro de un culto, puede legalizar el juez de paz?

— ¡ Oh no! hablamos de nuestras divinas instituciones políticas.

Todavía me hallaba en tinieblas, sin poder atinar con lo que querian decir, á menos que no llamaran á su eterno *eleccionear* sin pausa, ni intervalo de un solo dia, de una sola hora, « una institucion gloriosa. »

En cuanto á su incomparable libertad, me parece que la comprendo mejor. Su código de leyes comunes está formado por el nuestro, no habiendo entre nosotros más diferencia sino que en Inglaterra se obra segun las leyes, y en el Norte de América no.

No hablo ahora de la policia de aquellos pueblos; creo que estará bien ordenada: la de Nueva-York goza como tal, de una celebridad universal; pero fuera del alcance de su influencia, el desprecio de las leyes es mayor de lo que me atrevo á decir, para que se me crea. Los desmanes, ultrages, robos y hasta asesinatos, se suelen cometer con tanta mayor impunidad quanto que los magistrados no dan muchas veces paso alguno.

Durante el verano que pasamos tan deliciosamente en Marilanda, suspendimos muchas veces nuestras excursiones hácia varios parages por consejo de nuestros buenos amigos, que conocian los hábitos y la moral del pais. Cuando preguntamos la causa, nos dijeron que habia un ventorrillo en el camino, y que no era prudente acercarse á él.

La línea del canal de Chisapica (Chesapeake) y Ohio pasaba á pocas millas de la residencia de Mistress S***; y sucedió por dos veces, en la temporada que pasamos con ella, que se descubrieron cadáveres medio escondidos en sus

cercanías : circunstancia que solo excitaba una especie de maravilla de media hora; y cuando pregunté por el que en una ocasion habian traído la noticia : « O lo han muerto *espero yo*, ó puede que lo haya agarrado la fiebre del canal. » No se hizo sin embargo pesquisa alguna, ni produjo mas sensacion aquella ocurrencia que si se hubieran encontrado un cerdo muerto.

La abundancia de alimento y la escasez de ahorcados eran tambien de los argumentos selectos para probar su superioridad con respecto á Inglaterra : dos cosas escelentes, pero cuya inferencia me parece inadmisibile. Un territorio inmenso y fecundísimo, si bien apenas habitado, puede producir sin trabajo alimento abundante para su poblacion; y cuando un pícaro desesperado conoce que, si ha calentado demasiado, para aguantarlo, su ciudad ó ranchería, basta que haga una jórna de pocas millas hácia el oeste, seguro de encontrar carne y huiqui en abundancia, y sin peligro de que la lei le pise los zancajos, no es extraordinario que la cuerda haga tan poco ejercicio.

Durante nuestra mansion en Los-Cincinnati, cojieron á un asesino de la mayor atrocidad, y habiéndolo juzgado, y estando convicto, lo condenaron á muerte. En el juicio se descubrió que años atras habia asesinado cruelmente

á su muger y á su niño en Nueva-Orleans, pero en el tiempo que fué cometido el crimen no se habia hecho investigacion alguna. El que ahora se habia denunciado á la justicia y habia provocado su terrible sentencia, era otro asesinato : el delincuente habia muerto á su segunda muger, y el principal testigo que habia contra él, era su propio hijo.

Fijóse el dia de la egecucion, y la sensacion producida por la novedad del espectáculo fué tan grande (por ser el primer blanco que se egecutaba en Cincinnati) que hubo quien por verlo, hizo un viaje de sesenta millas.

Entre tanto algunas buenas gentes empezaron á provocar dudas sobre la legitimidad del derecho de ahorcar á un hombre que las leyes egercen, y se presentó una peticion al gobernador del estado de Ohio, á fin de que conmutase la sentencia de muerte en encierro perpetuo. El gobernador se excusó por algun tiempo de intervenir en la sentencia del tribunal ante quien el reo habia sido juzgado; pero al fin atemorizado por lo singular de la situacion en que se hallaba, cedió á las instancias importunas del partido presbiteriano que lo acosaba, y envió sus órdenes al gerif. Estas órdenes no eran para suspender la egecucion, sino para preguntarle : si queria que se conmutase su

sentencia, y ser enviado á una penitenciaría, en lugar de ir á la horca.

El gerif pasó á ver al reo, y habiéndole propuesto la alternativa de la cuerda ó su asentimiento, obtuvo por respuesta : « Si hubiera en el mundo algo que pudiese decidirme á dar el consentimiento, seria la esperanza de vivir bastante para descuartizaros y hacer añicos al perro de mi hijo : como quiera que sea, no consiento ; tendreis que ahorcarme. »

El digno gerif, á quien concierne el terrible oficio de verdugo, le dijo cuanto le sugirió su razon para persuadirlo á que firmara el documento que le ofrecia, mas en vano ; solo consiguió que lo insultara por sus generosos esfuerzos.

Llegado el día del suplicio, señalaron para la egecucion la falda de una colina, sitio único descuajado cerca de la ciudad, y muchas horas antes del tiempo prefijado, lo vimos cubierto de una multitud inmensa de hombres, mugeres y niños. Por último se acercó el momento ; descubrióse el carro fatal que iba subiendo la cuesta lentamente, y el rumor bullicioso del concurso se convirtió en un silencio profundo. Estando ya el miserable reo en el cadalso, volvió el gerif á presentarle la propuesta para que aceptase la conmutacion de la pena ;

pero él tiró el papel y gritó : « Ahorcadme. »

Mediodia era el punto en que se debia cortar la cuerda ; el gerif estaba en pie, con el reloj en una mano y el cuchillo en la otra ; ya tenia el brazo levantado, el golpe iba á caer, cuando el delincuente dió un grito horrible y exclamó : « Sí firmo. » En consecuencia lo condujeron de nuevo á la prision entre los alaridos, risotadas y algazara del populachó.

Yo no soi aficionada á que se ahorque ; pero no sé que se notaba en todo aquello que desdecia del decoro majestuoso de la sana justicia.

